

el derecho a la paz. Pero—e insistimos en este punto—esta tarea no es solamente propia del derecho internacional, que da la reglamentación general de la vida internacional, es asimismo deber del derecho interno. Y las tendencias internacionales del derecho moderno nos muestran que la causa de la paz puede ser defendida no solamente por un pacto internacional, sino también en un texto constitucional, en una ley ordinaria, así como ya lo hemos visto y estudiado, lo es en una ley penal.

Como todas las elucubraciones de los internacionalistas, las ideas reseñadas podrán parecer algo utópicas; pero es de desear que para el progreso y bienestar del mundo civilizado llegue algún día en que los pensadores como Mirkin-Guetzevich, que hoy nos parecen un poco soñadores, puedan ser los profetas de una realidad, no sabemos si próxima o lejana, pero de todos modos deseable.

UNA REVISTA ARGENTINA

La distinguida escritora Victoria Ocampo ha unido un grupo de gente aficionada a los intentos culturales y ha fundado una revista cuyo primer número nos llega en el correo último. La ha llamado *Sur*, y en una carta explicatoria de la gestación de la revista dirigida por la fundadora a Waldo Frank, aparece que el nombre lo ha patrocinado Ortega y Gasset, admirador entusiasta de la escritora argentina. Es una revista trimestral, y bajo la dirección de Victoria Ocampo llevan la marcha de la publicación dos consejos: uno extranjero, en el

que figuran Ansermet, La Rochelle, Leo Ferrero, Waldo Frank, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Jules Supervielle y Ortega y Gasset, y otro argentino compuesto por Jorge Luis Borges, Eduardo J. Bullrich, Oliverio Girondo, Alfredo González Garaño, Eduardo Mallea, María Rosa Oliver y Guillermo de Torre.

La fundadora y la mayoría de los miembros del consejo argentino son miembros de la alta plutocracia del vecino país, circunstancia que augura a la nueva publicación una vida próspera y larga, lo que constituye nuestro deseo.

Este primer número de la publicación de que damos cuenta revela un esfuerzo inteligente y un criterio artístico seguro para seleccionar las colaboraciones. La directora ha realizado una labor que todos los americanos debemos agradecer, y aunque el tinte de la revista antes que americano es casi exclusivamente argentino (tenemos entendido que se han solicitado diversas colaboraciones americanas), *Sur* será un muestrario valioso del progreso que han adquirido en nuestro Continente las cosas del espíritu.

Destacan en este primer número, dentro la calidad óptima de todas las colaboraciones, la carta de Victoria Ocampo a Waldo Frank, en la que relatando al escritor yanqui el nacimiento de *Sur*, tiene atisbos de clara inteligencia.

Yo pensaba que si América es joven, el mundo no lo es y que nuestro Continente se parece a esos niños cuya infancia se marchita de vivir siempre entre adultos. Amé-

rica no cree ya en los cuentos de hadas, pero lleva en sí la eterna necesidad que los hizo nacer. Como necesita creer en ellos acabará por inventarlos de nuevo. Y ese será su milagro...

Se me preguntó, con la mayor seriedad del mundo, si mi revista se proponía volverle la espalda a Europa. Sencillamente declaré que su fin principal consistiría en estudiar los problemas que nos conciernen, de un modo vital, a los americanos!

¡Volver la espalda a Europa!
¿Siente el ridículo infinito de esa frase?

Claro está que nos vemos irremisiblemente obligados, en el sentido físico como en el intelectual, a dar la espalda a alguna cosa si queremos volver la cara hacia otra. Pero eso no implica forzosamente que nos demos vuelta en sentido figurado.

Cuando me acuesto para dormir me acuesto boca abajo y vuelvo la espalda al cielo. Cuando sólo descanso me extiendo de espaldas y las vuelvo a la tierra. Dios sabe, sin embargo, hasta qué punto adoro su cielo y su tierra.

Al definir los propósitos de su revista, la escritora argentina emplea los términos que siguen:

Waldo, en un sentido exacto, esta revista es su revista y la de todos los que me rodean y me rodearán en lo venidero. De los que han venido a América, de los que piensan en América y de los que son de América. De los que tienen la voluntad de comprendernos, y que nos ayudan tanto a comprendernos a nosotros mismos. Las cualidades de su América, Waldo, son secretas como las cualidades de la mía. Lo que su América grita con voz estridente no es tal vez exactamente lo que grita la mía, pero nuestro odio va hacia ello por las mismas causas.

Su América y la mía—escribamos para simplificar «nuestra América» ya que el tesoro escondido que buscamos en ella es el mismo o equivalente—, nuestra América es un país por descubrir, y nada nos incita más al descubrimiento, nada nos pone más seguramente en el rastro de nuestra verdad como la presencia, el interés y la curiosidad, las reacciones de nuestros amigos de Europa. Su carta a Copeau y Gallimard es, en ese sentido, el ejemplo más patente.

Ha querido usted explicar a sus amigos por qué es América un gigante inquieto, pero todavía sin palabras, y ha escrito un libro.

Sur testimonia mi admiración por esa obra, mi absoluta adhesión a lo que la inspiró, Seguirá en cuanto a su orientación un camino paralelo.

Cada uno, según las fuerzas respectivas, nos pondremos a la búsqueda de América, de esa América del oculto tesoro.

«El hombre tiende a negar lo que no sabe afirmar», declara secamente un gran francés.

Lo que desde ya sabemos afirmar de América es que estamos enamorados extrañamente de ella. Y ese amor, como todo gran amor, es una prueba. Prueba que arroja sobre nuestras incapacidades e imperfecciones una luz resplandeciente y cruel.

Este amor se dirige a lo que está más allá de nosotros y parte de lo que está más allá de nosotros. Tener conciencia de ello, sufrir por ello es saludable.

Como se ve, la escritora argentina se ha impregnado del tono mesiánico del destinatario de la carta anterior, y traduce en frases felices y plenas de aciertos su esperanza en los frutos espirituales que puede rendir el futuro de nuestro Continente.

Otra colaboración de enorme interés que presenta este número de *Sur* es la que firma *El soñador de los bordes del Sena*, apodo romántico bajo el cual se oculta un escritor de tan exquisita modernidad como Drieu La Rochelle, y que se titula *Carta a unos desconocidos*:

Una revista es un grupo de hombres que se juntan en su juventud y que dicen juntos lo que piensan juntos.

No es bueno que se reúnan demasiado pronto; si son demasiado jóvenes no tienen todavía nada que decir. Tampoco es bueno que se reúnan demasiado tarde. Una vez que han dicho lo que tenían en común deben separarse. Sin lo cual el grupo humano se transforma en una «revista» en el sentido literario de la palabra, donde no se hace más que repetir lo que ya se dijo otras veces, donde la gente no se vuelve a encontrar por amarse y amar juntos alguna cosa, sino simplemente para escribir, único parecido superficial que entre ellos persiste.

Al cabo de diez años, romped vuestras máquinas de escribir, quemad vuestros archivos, y cumplid cada uno por vuestro lado el trabajo comenzado en común. A la edad madura, los artistas no pueden ya vivir en común: cada fruto se separa, al caer del árbol, de los otros frutos. Un nuevo equipo se formará bajo un nuevo nombre y os reemplazará. Y si, por casualidad, algunos de vosotros son otra cosa que pensadores o artistas, si son hombres de acción exterior, hombres de mano, hombres de negocios o políticos, entonces estos irán a unirse a otros grupos para los cuales existen también estaciones, pero más prolongadas.

Más adelante el autor divaga con elegancia y firmeza, sobre variados

temas, que lindan todos con la Argentina y el concepto que de ella se tiene al borde del Sena: De paso los llama a los argentinos «los blancos del mundo austral», con lo cual todos los otros habitantes del Continente quedamos en el tintero, pero si esto puede achacarse a la ignorancia geográfica del autor, es preciso reconocer que su sensibilidad agudizada y fina le sugiere para caracterizar la revista frases y metáforas muy bellas:

No hay más que una cosa en el hombre, sus pasiones. Cuando digo pasiones quiero decir todo: Todas sus pasiones en su encadenamiento magnífico desde el celo hasta el odio amoroso de los dioses, desde la guerra hasta el renunciamiento.

He ahí lo que hay que cantar sin cuidarse del timbre que toma ese canto.

No es necesario decir: cantaré el amor argentino; es necesario decir: cantaré el amor. Y sólo más tarde se advertirá que vuestro canto de amor sonaba con un sonido que no se oye más que en la Argentina.

Pero que la Argentina se ignore a sí misma como una joven que todavía no ha oído su nombre expresado por su amante en el transporte del amor. No llevéis demasiado pronto la mano a vuestro tesoro. No digáis demasiado pronto: esto es argentino, esto no lo es.

Dejad que todos los vientos del mundo atraviesen vuestra pampa; los granos que ella admita darán plantas argentinas, pero no les pongáis una etiqueta. Somos los extranjeros los que diremos: esto es argentino, esto viene de ese *Sur*.

Vosotros pensáis en argentinos porque no podéis hacer de otro